

Lo anotado hasta acá sirve para el análisis específico de la identidad de la vivienda cafetera en las zonas de minifundio estudiadas. Para lograr tal aproximación se trabajan tres criterios básicos: el primero se refiere a la relación entre la vivienda cafetera y el contexto ambiental: clima, topografía y paisaje; esto es importante si se tiene en cuenta que las parcelas del minifundio cafetero se localizan en vertientes de topografía inclinada y que el cultivo del café requiere un clima especial.

El segundo criterio de análisis se basa en las características arquitectónicas de la vivienda cafetera: formas predominantes, tradición constructiva, pautas de uso del espacio y adecuación de la vivienda al cultivo del café.

El tercer criterio considera que los elementos de identidad que se atribuyen a la arquitectura son parte importante del carácter que ésta posee; v.gr.: el color, las plantas, los muebles, los objetos, etc.

Sobre la estructura arquitectónica del espacio de la vivienda se colocan una serie de símbolos que representan tres campos de valores colectivos que encuentran representación en los símbolos físicos; estos campos son los de la ideología (religión y política), los de los valores y costumbres y los de las modas.

Los símbolos religiosos son de protección, de seguridad, de intersección para el bienestar o la bonanza y de garantía contra peligros naturales o sobrenaturales. Los valores y costumbres colectivos tienen que ver con las actitudes hacia el espacio de la vivienda y sus edificaciones. El mantenimiento de las casas y el aseo son las dos exigencias más claras de estos valores; el ambiente general es de extremada pulcritud.

Las modas que llegan a la vivienda cafetera provienen de la cultura urbana de masas y se expresa por medio de infinidad de objetos recordatorios de cantantes, fechas propias del comercio, equipos de fútbol, etc. El manejo del color es importante en la expresión familiar. El color abunda tanto en la casa como en los objetos que contiene.

NESTOR TOBON BOTERO



Sin conclusiones, pero útil y documentado

Arte y arquitectura
en Santander

Alberto Corradine y colaboradores
Universidad Nacional de Colombia, Bogotá,
1986, 176 págs.

En la temática urbana y arquitectónica de América, y de Colombia en particular, existen regiones que aún requieren estudios particularizados, como el que encaran en la oportunidad el arquitecto Alberto Corradine y sus colaboradores, también arquitectos, Helga Mora de Corradine, Néstor Gómez, Elizabeth Rubiano, Ignacio Guerrero, Juan Manuel Sarmiento, Aydée González y Jaime Amaya.

Las peculiaridades regionales en el proceso de ocupación del territorio, la disponibilidad de recursos tecnológicos, las formas de producción locales y las modalidades de vida de las comunidades dejan huellas indelebles que caracterizan y dan identidad a estas arquitecturas.

Corradine señala las dificultades que tiene la tarea de investigación que deben encarar centros universitarios carentes muchas veces de los recursos económicos y las posibilidades de desplazarse sistemáticamente a zonas marginales o de difícil acceso, para efectuar los trabajos de campo

de relevamiento y documentación gráfica.

La tarea en equipo de docentes y alumnos ha permitido, sin embargo, concretar este estudio sobre el departamento de Santander, que contó con el apoyo del Cindec.

El enfoque del trabajo se ciñe a una visión integradora en la valoración de las obras, que parte de una descripción de las características propias del medio geográfico, los procesos históricos derivados del contacto de las culturas indígenas con la conquista española y la reorganización administrativa, política y económica del territorio.

Las variables demográficas que denuncian la paulatina disminución de la población indígena, el aumento de los negros y la dispersión de localizaciones de mestizos, blancos y mulatos indican el complejo proceso de integración que se había producido en la región.

El estudio de fuentes parroquiales eclesiásticas y de documentación procedente de diversos repositorios históricos acredita un avance destacado en el conocimiento y fundamenta el sentido y seriedad de la investigación.

Factores estructurales del desarrollo de las comunidades en la articulación de su economía rural y el artesanado urbano expresan una circunstancia que, aun con sus propias especificidades, se generaliza para otras zonas de Colombia y el continente.

En cambio el proceso de formación de centros urbanos, a partir de la fundación de Vélez, en 1539, presenta peculiaridades que apartan a los ejemplos santandereanos de las normativas de trazado que se codifican en las ordenanzas de población de Felipe II, algunos decenios más tarde.

En los albores del siglo XVII la reorganización territorial que encara el oidor Luis Henríquez y que llevara a la práctica Antonio Beltrán de Guevara abarcó una extensa región que incluyó a Santander definiendo diversos patrones de asentamiento urbano.

Alternativas diferenciadas de cauces de caminos, plazas de reducida dimensión que ratificaban la centralidad del urbanismo americano —en

ricas propuestas de distribución y usos— hasta casos excepcionales como el de los pueblos de indios de Servitá, Balegra y Anagá, con arterias rotatorias a partir de la plaza, marcan las incidencias de estas ricas expresiones de la morfología urbana del Santander colonial.

El proceso funcional de estos pueblos de indios del siglo XVII se complementaba con la conformación de parroquias de amplia jurisdicción y de las villas y ciudades de españoles. Mientras alcanzaba a cuarenta y cuatro pueblos de indios en el siglo XVII, con notoria decadencia en los períodos siguientes (quedan reducidas a cuatro parroquias en 1810), la crecen notoriamente de siete en 1650 a cuarenta y una en 1810, señalando la merma de la población indígena, el crecimiento de las otras castas y la modificación administrativa de los pueblos.

Corradine y sus colaboradores abordan con información de fuentes documentales de primera mano el proceso de construcción de las iglesias doctrineras, las disposiciones que encuadran su carácter tipológico y las características de las tecnologías aplicadas.

El siglo XVIII deja en muchos de estos templos su huella en el tránsito que va desde los pueblos de indios a sede parroquial, ya sea por sustitución del templo o por remodelaciones notorias.

La importancia de las fachadas de los templos santandereanos y el sentido escenográfico de su localización dominante sobre el espacio de la plaza, llama la atención tanto cuanto la notable variedad de propuestas de la composición formal de sus imfrontes (Aratoca, Curití, Guapotá) que culminarán en el ejemplo neoclásico del diseño de Piedecuesta.

Los interesantes y aleccionadores relevamientos de viviendas populares de diversas localidades (Encino, San Gil, Curití, etc.) completan este aporte documental de la arquitectura en Santander que se complementará con nuevas noticias sobre las manifestaciones artísticas de bienes culturales conservados en los templos y un anexo de artesanos que desempeñaron su tarea en la región.

En definitiva, un texto útil y documentado que hubiera merecido probablemente una mejor edición para hacer más accesible esta documentación.

Notamos, sin embargo, la ausencia de unas reflexiones finales y conclusiones de síntesis que dieran digno remate al evidente esfuerzo de esta investigación.

RODOLFO VALLIN M.



Hay que preguntar

Gabriel García Márquez y la novela de la violencia en Colombia
Manuel Antonio Arango,
Fondo de Cultura Económica, México, 1985,
167 págs.

El libro de Manuel Antonio Arango, según él mismo lo explica en la parte preliminar, es fruto de cinco años de investigación acerca de la novela de la violencia en Colombia y constituye un compendio de crítica literaria sobre las principales obras de este ciclo. Reúne estudios referentes a ocho novelistas y doce obras publicadas entre los años 1953 y 1971: *Viento seco* de Daniel Caicedo y *Cóndores no entierran todos los días* de Gus-

tavo Alvarez Gardeazábal marcan estos límites.

Otros de los autores incluidos son García Márquez (obviamente), Cepeda Samudio, Zapata Olivella, Caballero Calderón, Mejía Vallejo y Jaramillo Arango. La aproximación a dichos novelistas pretende abordar el análisis de la violencia en diferentes zonas del país, según aparece en los relatos; así, dependiendo del lugar donde se sitúe la acción, se consideran los departamentos de Boyacá, Cundinamarca, Tolima, Quindío, Caldas, Antioquia, Santander, Valle del Cauca, la costa norte y los llanos orientales.

Sin embargo, de la exposición del objetivo y método que propone el autor al iniciarse el texto, el lector no puede deducir el criterio de selección de las novelas que se van a estudiar (de entrada se presentan como "las principales"), ni el que guía la división del país en diferentes regiones. A lo largo de los ensayos no se aclara qué importancia tiene la división geográfica para la comprensión del fenómeno de la violencia; simplemente se tipifican sus manifestaciones, y lo que predomina son los rasgos generalizadores (gamonalismo, bipartidismo, expropiación de tierras, la ley del terror y del más fuerte), que al cabo terminan por anular la división propuesta al principio.

Por otra parte, si bien es cierto que el número de novelas escritas por García Márquez que se analizan en la obra de Arango —*La hojarasca*, *La mala hora*, *El coronel no tiene quien le escriba*, *Cien años de soledad*— supera al de los demás autores estudiados, tal primacía no justifica los términos excluyentes del título *García Márquez y la novela de la violencia en Colombia*, que para un visitante ordinario de librerías eliminan los demás contenidos del texto.

Cada estudio va encabezado por una breve biobibliografía del autor que le ocupa, seguida del análisis de una de sus novelas o más: en el caso de Eduardo Caballero se estudian *El Cristo de espaldas*, *Siervo sin tierra* y *Manuel Pacho*, y en el de Manuel Zapata *La calle 10* y *Detrás del rostro*. La aproximación a las obras sigue por lo general una misma línea: